

El viejecito italiano, de ojos pequeñísimos, cara joco-séria, nariz de alcatraz, boca desdentada, y gran tomador de rapé, es hombre á mi juicio entendido, y como me dijo, tenía hambre de hablar en su idioma.

—Lo que yo quisiera que vd. viese y examinase, me decía, era la Escuela normal de Profesores: aquí la educación es una ciencia, el arte de enseñar está elevado á la categoría de los primeros conocimientos humanos.

Por otra parte, las asociaciones hacen prodigios.

La asociación de los jóvenes tiene una biblioteca de doce mil volúmenes.

La de los aprendices, cinco mil.

La del instituto, nueve mil.

Vea vd., me dijo por último, el edificio en que están depositadas las colecciones públicas de historia natural, geología y agricultura. Es de los más interesantes edificios, y en ellos tiene entrada todo el mundo.

Despedíme del viejecito, despues de pedirle instrucciones para ir á la Catedral y á la iglesia de San José, los más famosos templos de que tenía yo noticia.

La Catedral es un vasto edificio con sus torres puntiagudas, bastiones, ojivas y una mezcla de estilos que la afean y complican, á fuerza de querer imitar las iglesias europeas de la edad média. El interior es espacioso y tiene capacidad para cuatro mil asientos.

Más que la iglesia de San José me agradó la de San Pedro, hermosísimo edificio de correcto estilo gótico. Dicese que posee un magnífico juego de plata para el servicio de la Comunión, regalo de la reina Ana para los indios Conondagas.

No me fué posible visitar la parte norte de la ciudad, que se dice es la que contiene más suntuosas habitaciones, en edificios que, como la Penitenciaría, gozan de renombre en todos los Estados-Unidos.

Literalmente producía pavor andar en las calles desiertas; el ruido de los pasos se oía á distancia, y el encuentro con otra persona producía extrañeza.

Las calles de la Perla, la llamada Hig-Street, la de Jay, ostentan grandes edificios, muros cubiertos de muestras y letreros: animadas, deben producir sorpresa y contento al viajero; pero en aquel momento de catalepsia dominical, me produjeron tristísima impresion.

Al volver al hotel, en su despacho, me presentaron á la familia de una niña Zárate, que con el carácter de liliputiese, se estuvo exponiendo en México en compañía de otro parvulillo en diminutivo.

Confieso que yo nó soy afecto á esos espectáculos en que aparece envilecida y como descarriada la naturaleza; esos personajes de un cuerno en la frente, de tres ojos, de rabo, desmesuradamente grandes, ó exageradamente pequeños, me parecen ejemplares echados á perder, que léjos de darse á luz, deberian guardarse cuidadosamente.

La vista de la niña me hizo mal. Tendrá poco más de tres cuartas; es morena, delgada, de voz chillona y su conjunto trae irresistiblemente la idea del monito, por sus saltitos, por la movilidad de sus ojos, por sus movimientos caprichosos.

Por otra parte, yo bien conocia que los padres de la niña, que son personas excelentes, hacian bien de sacar partido de aquella extraña produccion, en beneficio de la misma ni-

ña; pero me contrariaba que conocieran á las mexicanas en aquella abreviatura raquíica y enfermiza. Por fortuna, el angelito hacia su gimnasio y mostraba todas sus simpatías á Gomez del Palacio, quien muy grave, pero comedido y amable, celebró aquella monería de la naturaleza.

Yo descendí al despacho, donde nos reunimos para comer.

La comida fué tan mal servida, tan ceremoniosa y molesta para mí, como el almuerzo, no obstante las atenciones de Emma, único rayo de luz social en medio de aquella temerancia, de aquella tiesura y de aquella repelente gatzmoñería.

Al concluir nuestra desabrida colacion, porque no puedo darle el nombre de cena, el Sr. Cupia me dió algunas cartas de recomendacion para Nueva-York.

La casa de Cupia en Nueva-York es casa de huéspedes, y como conocen sus directores nuestras costumbres, el servicio es el mejor y más cómodo que se puede apetecer en aquella gran ciudad.

En aquella casa vivió mucho tiempo la familia del Sr. Juárez; allí residió Berriozabal; allí se prodigaron cariñosos cuidados al Sr. Doblado, quien murió rodeado de aquella familia generosa; allí vive Felipe Mantilla, amigo nobilísimo de los mexicanos, honra de las letras por su saber, y de la humanidad por su levantado corazon.

Nuestra conversacion se animaba: Emma, que tenia cierto rango en la casa, se acercó y me hizo algunas preguntas sobre México, y yo, hambriento de charla, con unos ojos seductores al frente, comencé á hablar de mi tierra, sin exageraciones, sin una sola cosa fingida por mi mente, pero con la pasion que es de suponerse.

Llamaron á M. Cupia unos amigos, y yo quedé en el extenso despacho, sin cuidarme de entrantes ni salientes, describiendo á Emma un México tan risueño, tan encantador, que me saborea ahora mismo que estoy escribiendo en mi estancia sombría, con un velon al frente, mis cigarros á granel sobre la mesa y rodeado de la fria atmósfera de la soltería.

Brillaban los ojos verdes de la linda irlandesa, con la pintura de nuestros volcanes y nuestros lagos, nuestro paseo de la Viga y nuestro Chapultepec romancesco.

Por supuesto, que puse en relieve la libertad, las consideraciones de que gozan y el bienestar de muchos extranjeros.

A la media hora de conversacion, Emma estaba casi decidida á marchar á México: yo, al principio, le ofrecia toda clase de facilidades; pero confieso que su resolucion me alarmó, y hablé algo de vómito y de lo riesgoso de la navegacion.

Pero Emma era una amiga que no queria abandonarme y que á su vez me procuraba todo género de facilidades.

Confieso que no me divertia mucho eso de volver á México con la adquisicion americana. ¡Oh, qué holgorio para mis buenos amigos! ¡Oh, qué cosecha para la caricatura! ¡Oh, y qué despabilado viejecillo con la *lady* viajera llenando las calles!

¡Por vida del demonio! El flujo de lengua me tenia en un apuro. En los ademanos, en los arranques, en aquella expedicion de Emma, conocia, sin que me quedase ninguna duda, que aquella criatura me iba á manejar como un chiquillo.

¿Pero hay cosa más natural que hablar con cariño de nuestra tierra?

Nada de gazmoñerías, Sr. *Fidel*. Vd. habló de cierta manera, y ha llevado vd. su merecida.

¿Y los sesenta inviernos? y las arrugas? y esa exigüidad de fondos que lo tienen en un ¡ay! . . . ?

—¡Oh! lindo México! . . . yo va, y tiene mucho *dollar* y está listo. . . . Vd. señor rica y de guberne, dice á M. Cupia . . .

—¡Jesus me ampare! . . . Vea vd., señora, yo tengo que ir primero á Rusia, á ver en lo que quedan las cosas de la guerra.

—*Ecsatly*: primero vamos Rusia, y despues te vas por mí Chapoltepeca.

Yo me estaba ahogando materialmente, y comencé una especie de retractacion, diciendo que los lagos producen fiebres, que hay víboras de cascabel en Chapultepec y que los bandoleros hacen horrores . . . esencialmente con las irlandesas.

Yo no sé qué trastorno produjo en mi cerebro aquella resolucion de la irlandesa, que me dormí despues de mucho tiempo de dar vueltas en la cama, con extraña inquietud.

Soñé, por esas incomprensibles extravagancias de los sueños, que me encontraba en una de las llamadas *Rejas* en los conventos de monjas. Es decir, una gran sala dividida por una gruesa pared, en cuyo centro habia un cuadrado con una gran reja de palo que daba á la parte interior del convento, y una gran reja de fierro para la parte exterior de la pieza que daba á la calle.

Por el lado del convento se ponian las monjas, por fuera

las visitas, y los medios de comunicacion eran: un torno incrustado en la pared y una cuchara con luengo mango, donde se ponian cigarros, dulces, etc., para los recíprocos obsequios.

Yo estaba con mis padres y algunos amigos, muy entretenido en ver por entre las rejas el patio del convento, sus flores y arbustos, su limpia fuente de azulejos y sus altos arcos con cortinaje de yedra, bañados con la luz del sol.

De repente se oyó un estrépito en la calle, volví los ojos y me encontraba absolutamente solo; mis padres, las visitas, las monjas, todo habia desaparecido: en la puerta de la calle habia un toro lanzando mugidos feroces, y me heló el espanto hasta la médula de los huesos, pero no vacilé; me lancé á la reja y comencé á escalarla con ardor febril: por mi fortuna, la reja se estiraba hácia arriba y me ponía muy distante del terreno invadido por la fiera... aquello me alivió como de un gran peso; pero en mi rapidísimo ascenso, creí oír algun ruido tras de mí sobre los hierros de la reja: volví los ojos... y ví que el toro, como si corriese por una superficie plana, ó como si estuviera dotado de piés y manos como yo, escalaba la reja en mi seguimiento. Creí entónces morirme de terror, las fuerzas me faltaban, mi angustia era indecible sobre toda ponderacion. Pero la extrañeza del caso me hizo volver el rostro de nuevo, no obstante estar á una inmensa altura, y entónces, ¡oh espanto! ¡oh asombro! ví que la fiera, pero no sé cómo, circuida de extrañeza y expresion diabólica, tenia una fisonomía humana; era... el rostro de la irlandesa del hotel, con aspecto de toro feroz... y me perseguía encarnizado y espantable...

entónces me entró una convulsion horrible, crispáronse mis manos, me solté sobre el abismo y... desperté!.....

Desperté lleno de angustia, sudaba á mares... la luz se insinuaba por las rendijas de la puerta: aquello me sirvió de infinito consuelo.

Sin ser visto, como un prófugo, como un ladron, abandoné el hotel, seguro de que Francisco arreglaría todo, y me refugié en la estacion, desde el alba hasta la hora de la salida de los trenes para Nueva-York, siempre temiendo á la irlandesa convertida en toro.

